

to al conjunto y la concepción general. ¿Por qué el sabio profesor de Göttinga comete la falta de mezclar á tantos y tan bellos estudios, á páginas llenas de entusiasmo, una polémica acerba contra personas cuya opinión á menudo no difiere de la suya más que por un matiz? ¿Por qué, en particular M. Ewald, se cree obligado á rebajar á un hombre como Gesenio, que no podría serlo comparado en modo alguno por la filosofía y el sentimiento estético, pero que no ha sido aventajado como filólogo y como gramático? M. Ewald, tan superior á su rival por la inteligencia poética y la elevación del talento, no tenía necesidad de negarle estas sólidas cualidades para brillar él en primera línea entre los críticos y los exégetas de nuestro siglo.

I

Una cuestión preliminar domina todos los problemas relativos al pueblo de Israel:—¿cómo fueron redactados los documentos que sirven de base á la historia de los hebreos, y sobre todo las cinco partes más antiguas de sus anales que se acostumbra á reunir bajo el nombre de Pentateuco?

Una hipótesis presentada en el siglo último como una atrevida paradoja, y según la cual, el Pentateuco se habría formado por la reunión de fragmentos históricos de procedencia diversa, es ahora adoptada por todos los críticos ilustrados de Alemania. La distinción entre el fondo y la forma, distinción tan esencial en las literaturas primitivas, lo es sobre todo en la literatura hebrea, pues nin-

guna ha sufrido tantos retoques. Se puede afirmar, por ejemplo, que encontramos en los libros del Exodo y de los Números informes completamente auténticos y contemporáneos sobre el estado y los actos de los israelitas en el desierto y la península del Sinaí. ¿Es preciso afirmar que los libros del Exodo y de los Números, tal como los poseemos, datan de aquella época? No, ciertamente. La redacción definitiva de los libros que contienen la historia antigua de Israel probablemente no remonta más allá del VII siglo antes de nuestra era; al lado de fragmentos antiguos conservados casi textualmente, pueden encontrarse fragmentos mucho más modernos y á los cuales debe aplicarse principios de crítica enteramente diferentes.

Los perspicaces y doctos filólogos que se han consagrado en Alemania á la discusión de este curioso problema, entrevieron bien en los últimos tiempos, donde era preciso buscar la analogía de las leyes que han presidido á las transformaciones sucesivas de los escritos históricos de los Hebreos: es en la historiografía árabe. Cuando se compara, en efecto, unas con otras las distintas clases de historiadores musulmanes, se reconoce que todos casi no hacen más que reproducir un fondo idéntico, cuya primera redacción se encuentra en la *Crónica* de Tabari. La obra de Tabari no es en sí más que una compilación de tradiciones colocada una tras otra sin la más mínima intención de crítica, llena de repeticiones, de contradicciones, de derogaciones del orden natural de los hechos.—En *Ibn-al-Athir*, que marca un grado de redacción más avanzado, la relación es seguida, se huye de contradicciones, el narrador escoge una vez por todas la tradición que le parece más probable, y pasa en silencio las otras; *divos* más modernos aparecen insertos aquí y allí;

pero en el fondo es siempre la misma historia que en Tabari, con algunos variantes y también algunos contrasentidos, cuando el segundo redactor no ha comprendido perfectamente el texto que tenía ante la vista.—En Ibn-Khaldoun, en fin, la redacción ha pasado una vez más, si puede decirse, por el crisol. El autor mezcla á su relato puntos de vista personales, se ve apuntar sus opiniones y el objeto que persigue. Es una historia arreglada, completada, vista á través del prisma de las ideas del escritor.

La historiografía hebraica ha atravesado por grados análogos. El Deuteronomio nos presenta la historia llegada á su último período, la historia enmendada con un intento oratorio, en la que el narrador no se propone simplemente referir, sino edificar. Los cuatro libros procedentes dejan ver las suturas de fragmento más antiguos, reunidos, pero no asimilados en un texto seguido. Se puede diferir sobre la división de las partes, sobre el número y el carácter de las redacciones sucesivas, y preciso es confesar que M. Ewald, persiguiendo sobre todos estos puntos un rigor imposible de alcanzar, ha rebasado los límites que la crítica severa debe imponerse; pero no es posible dudar del procedimiento que llevó el Pentateuco y el Libro de Josué á su estado definitivo. Claro es que un jehovista (es decir, empleando en su narración el nombre de Jehovah) ha dado la última forma á esta gran obra histórica, tomando por base un escrito elohista (esto es, en el que Dios es designado por la palabra *Elohim*), de la cual se podría aun hoy reconstruir las partes esenciales. En cuanto á la opinión que atribuye la redacción del Pentateuco á Moisés, está fuera de la crítica y no hemos de discutirla. Esta opinión, por lo demás, parece bastante moderna, y es bien cierto que los antiguos Hebreos

no pensaron jamás en mirar á su legislador como un historiador (1). Los relatos de los tiempos antiguos les parecían como obras enteramente impersonales, á los cuales no unían nombre de autor.

Así se fundó el escrito fundamental de los anales hebraicos, lo que M. Ewald llama el libro de los orígenes, tras el cual vinieron á agruparse sucesivamente los anales de los jueces, de los reyes, de los tiempos del cautiverio hasta Alejandro. Ningún pueblo puede vanagloriarse seguramente de poseer un cuerpo de historia tan completo ni archivos tan regularmente llevados. Lo que, en efecto, importa mantener, es que los retoques de la forma no alteraron jamás gravemente el fondo, de suerte que los fragmentos así reunidos, el contenido, sea histórico ó legendario, tienen el valor de documentos originales. El Pentateuco encierra, según toda apariencia, antecedentes sacados de los archivos de los pueblos vecinos de Israel: tales son el relato de los guerras de los reyes iraníos contra los reyes del valle de Siddim, en que Abraham figura como un extranjero; las genealogías de los Edomitas, el curioso sincronismo establecido entre la fundación de Hebron y la de Tanis en Egipto. Las mismas primeras páginas consagradas á los orígenes antediluvianos, por mitológicas que parezcan, son ciertamente los documentos que más nos acercan al origen del género humano.

Es imposible comprender bien á Israel sin relacionarle con el grupo de pueblos de que forma parte; me refiero á la raza simítica, de la cual es la rama más elevada y pura. El resultado esencial de la filología moderna ha sido marcar en la historia

(1) La opinión de que Moisés sea el autor del Pentateuco, no parece muy establecida antes de la era cristiana. M. de Wette hasta cree que en aquella época no era completamente aceptada.—N. del A.

de la civilización la acción de un doble corriente producida por dos razas profundamente distintas en costumbres, en lengua y en espíritu: de una parte la raza indo-europea, que comprende las poblaciones nobles de la India, de Persia, del Cáucaso, de Europa entera; del otro la raza designada con el nombre muy defectuoso de semítica, que comprende las poblaciones indígenas del Asia occidental y meridional desde el Eufrates. A la raza indo-europea pertenecen casi todos los grandes movimientos militares, políticos, intelectuales de la historia del mundo; á la raza semítica los movimientos religiosos. La raza indo europea, preocupada de la variedad del universo, no llegó por sí misma al monoteísmo. La raza semítica, al contrario, guiada por sus percepciones firmes y seguras, separó desde luego á la divinidad de sus velos, y sin reflexión ni razonamiento alcanzó la forma religiosa más purificada que la humanidad haya conocido. El monoteísmo ha sido en el mundo obra del apostolado semítico, en el sentido de que antes de la acción y fuera de la acción del judaísmo, del cristianismo y del islamismo, el culto del Dios único y supremo no llegó á formularse claramente para la multitud. Pues bien, estos tres grandes movimientos religiosos son tres hechos semíticos, tres ramas del mismo tronco, tres traducciones desigualmente hermosas de la misma idea. No hay más que algunas horas desde Jerusalén al Sinaí y desde el Sinaí á la Meca. ¿Cuándo y cómo la raza semítica llegó á esa noción de la unidad divina que el mundo ha admitido bajo la fe de su predicación? Yo creo que fué por una intuición primitiva y de sus primeros días. El monoteísmo no se inventa: la India, que ha pensado con tanta originalidad y profundidad, no ha llegado aún á él en la actualidad; toda la fuerza del

espíritu griego no habría bastado para llevar á la humanidad al monoteísmo sin la cooperación de los pueblos semíticos. Se puede afirmar igualmente que estos no habrían jamás conquistado el dogma de la unidad divina, sino lo hubiesen encontrado en los más imperiosos instintos de su espíritu y de su corazón. Las primeras religiones de la raza indo-europea parece fueron puramente físicas. Eran impresiones vivas, tales como las del viento en los árboles ó los cañaverales, las de las aguas corrientes, las del mar, las que tomaban cuerpo en la imaginación de aquellos pueblos niños. El hombre de la raza indo-europea no llegó tan pronto como el semita á separarse del mundo. Durante largo tiempo adoró sus propias sensaciones, y hasta el momento en que las religiones semíticas lo iniciaron en una noción más elevada de la Divinidad, su culto no fué más que un eco de la naturaleza. La raza semítica, al contrario, llegó sin esfuerzo alguno á la noción del Dios supremo. Esta gran conquista no fué para ella efecto del progreso y de la reflexión filosófica: fué una de sus primeras percepciones. Habiendo separado mucho más pronto su personalidad del universo, determinó casi inmediatamente el tercer término, Dios, creador del universo. En lugar de una naturaleza animada y viva en todas sus partes, concibió, si se permite que lo diga, una naturaleza seca y sin fecundidad. ¡Cuánta distancia hay de esta rígida y sencilla concepción de un Dios aislado del mundo y de un mundo fabricado como un vaso por las manos del alfarero, á la teogonía indo-europea, animando y divinizando la naturaleza, concibiendo la vida como una lucha, el universo como un perpetuo cambio y llevando en cierto modo á las dinastías divinas la revolución y el progreso!

La intolerancia de los pueblos semíticos es consecuencia necesaria de su monoteísmo. Los pueblos indo-europeos, antes de su conversión á las ideas semíticas (judíos, cristianos ó musulmanes), no habiendo tomado jamás su religión como la verdad absoluta, sino como una especie de herencia de familia ó de casta, debían permanecer extraños á la intolerancia y al proselitismo: he aquí por qué no se encuentra más que en esos pueblos la libertad de pensar, el espíritu de examen y de investigación individual. Los semitas, al contrario, aspirando á realizar un culto independiente de las provincias y de los países, debían declarar malas todas las religiones diferentes de la suya. La intolerancia es bien realmente en ese sentido un hecho de la raza semítica y una parte de los legados, buenos y malos que ha hecho al mundo. El fenómeno extraordinario de la conquista musulmana no era posible más que en el seno de una raza incapaz como esta de apreciar las diversidades, y cuyo único símbolo se resume en esta palabra: Dios es Dios. Ciertamente la intolerancia indo-europea partía de un sentimiento más elevado del destino humano y mayor amplitud de espíritu; pero quién se atreverá á decir que revelando la unidad divina y suprimiendo definitivamente las religiones locales, la raza semítica no haya puesto la piedra fundamental de la unidad y del progreso de la humanidad?

Se comprende ahora cómo esta raza, tan eminentemente dotada para crear las religiones y propagarlas, debía en todo lo profano no pasar de la mediocridad. Raza incompleta por su misma sencillez, ni tiene artes plásticas, ni ciencia racional, ni filosofía, ni vida política, ni organización militar. La raza semítica no ha comprendido jamás la civilización en el sentido que nosotros atribuimos á la palabra,

no se encuentra en su seno ni grandes imperios organizados, ni espíritu público, nada que recuerde la ciudad griega, nada tampoco que recuerde la monarquía absoluta de Egipto y de Persia. Las cuestiones de aristocracia, de democracia, de feudalismo que encierran todo el secreto de la historia de los pueblos indo-europeos, no tienen sentido para los semitas. La nobleza semítica es completamente patriarcal: no deriva de la conquista, tiene su origen en la sangre. En cuanto al poder supremo, el judío como el árabe, no lo concede en rigor sino á Dios. La inferioridad militar de los semitas dimana de su incapacidad para toda disciplina y para toda organización. Para formarse ejércitos se vieron obligados á recurrir á mercenarios: así hicieron David, los fenicios, los cartagineses, los kalifas. La misma conquista musulmana se realizó sin organización y sin táctica; el kalifa nada tiene de soberano ni de jefe militar: es un *vice-profeta*. El más ilustre representante de la raza semítica en nuestros días, Abde-el-Kader, es un sabio, un hombre de meditaciones religiosas y de fuertes pasiones, de ningún modo un soldado. La historia no nos ofrece ningún gran imperio fundado por pueblos semíticos; el judaísmo, el cristianismo, el islamismo, he ahí su obra, obra siempre dirigida hacia el mismo objeto; simplificar el espíritu humano, desterrar el politeísmo, escribir en cabeza del libro de las revelaciones esa palabra que ha prestado al pensamiento humano tan gran servicio, borrando las complicaciones mitológicas y cosmogónicas en que se perdía la antigüedad profana: «En el principio, Dios creó el cielo y la tierra.»

otra palabra.